

DISCURSO

PRONUNCIADO EN MEMORIA DEL SEÑOR

DON RAFAEL Á. DE LA PEÑA,

EN LA

SESIÓN SOLEMNE QUE EN SU HONOR CELEBRÓ

EL LICRO ALTAMIRANO,

EL DÍA 12 DE OCTUBRE DE 1907.



SEÑORES:

El Liceo Altamirano tiene el deber de honrar la memoria de sus muertos ilustres, de aquellos que en vida presidieron sus sesiones, amparándolo en el mundo de las letras con el prestigio de su nombre y á quienes debió apoyo en sus comienzos, estímulo para perseverar en sus tareas y dirección y consejo para la ejecución de sus labores. Pagar tales deudas de gratitud es consagrarse á la más noble de las empresas, porque precisamente ante los muertos, de quienes ya nada podemos esperar, debe arder, sin apagarse nunca, la lámpara viva de nuestro cariño y de nuestra admiración.

El Liceo Altamirano jamás ha escatimado los honores debidos á nuestros más eminentes literatos, y en su celo no ha perdonado ni aun á aquellos á quienes el olvido, un olvido más duro y cruel que la muerte misma, había apartado de

nuestro trato y de nuestra sociedad. A sabiendas de que iba á turbar su soledad y su retiro, y aun temeroso de lastimar su modestia, sólo á sus méritos comparable, los ha buscado con empeño, los ha sentado en su mesa, les ha hablado de sus triunfos y de sus glorias, ha refrescado sus laureles, ha rejuvenecido sus espíritus, ha reconfortado sus corazones dándoles nuevos y más vigorosos alientos, y ha recogido en cambio la satisfacción de ver que aquellos actos de justicia, aunque tardía, y que aquel público y espontáneo reconocimiento, aunque merecido, hacían que el Liceo recibiera más honores que los que él había pensado en otorgar.

¿Y por qué no obrar con los muertos del mismo modo? El culto de los muertos es más desinteresado todavía, y si es verdad que el dolor lo hace más fácil, el tiempo tiende también á hacerlo más severo. La nobleza de nuestros sentimientos y lo levantado de nuestros propósitos y la honradez de nuestros ideales, recomiendan ese culto á nuestra preferencia.



Seamos justos con nuestros muertos ilustres; hablemos de ellos en el silencio de nuestros hogares y en la reunión íntima y estrecha de la familia,

para que sepan nuestros hijos lo que la patria les debe; agrupémonos alrededor de su memoria para que presentemos á nuestros conciudadanos ejemplos que son un estímulo y glorias que son para nosotros un legítimo orgullo; y en nuestras calles y plazas, en nuestras escuelas y academias, en nuestras sociedades científicas y literarias, dondequiera que palpite el espíritu de la patria, dondequiera que dé muestras de su fecunda vida intelectual, hablemos también de ellos, que ellos representan la historia de nuestros esfuerzos comunes por alcanzar fama y renombre, y son á manera de astros luminosos que señalan á las generaciones de mañana el camino de nuestra civilización y de nuestro progreso.

Y entre esos muertos ¿cómo no señalar á la pública admiración de propios y de extraños á aquel que presidió la primera de nuestras sesiones y nos dió, con su presencia, el lustre de que carecíamos, la protección que habíamos menester y la enseñanza de que teníamos necesidad?

El Liceo no podrá nunca conformarse con la pérdida irreparable que la muerte ha producido entre los suyos, haciendo desaparecer para siempre de nuestro lado al que fué el más eminente filólogo de nuestros tiempos, uno de nuestros buenos críticos literarios y el más acabado y cumplido maestro de muchas generaciones.

* * *

Paréceme todavía verlo llegar hasta nosotros, agobiado más que por los años por el peso de la labor meritisima que había llevado á cabo, con la mirada dulce y cariñosa, con la sonrisa siempre en los labios, con la mano abierta para todos los afectos nobles; con el pecho jamás cerrado á los impulsos generosos, manando de su boca, como de inexhausta fuente, sus útiles enseñanzas; sin desdenar, en medio de la austeridad de sus costumbres, sembrar sus conversaciones con chistes recogidos de la punta de los agujones de las abejas áticas, cautivando á todos con sus maneras afables, atrayendo á discípulos y á maestros con la atracción irresistible de su espíritu poderoso, y ser entre nosotros la fiel representación de aquellos gramáticos, de cuyas vidas nos habla Suetonio, que se multiplicaron en Roma en los días de César y de Augusto, que eran críticos á la par que poetas: críticos porque profesaban la retórica y comentaban á los poetas, y poetas porque apuraban en las mismas copas el mismo licor celeste que los dioses les ofrecieran desde las cumbres risueñas del Olimpo, y que predicaban el renacimiento de las letras y daban fórmulas y moldes para la belleza, y des-

pertaban por dondequiera el culto de la divina poesía y con ella el amor á aquella lengua, sonora como las aguas del Tíber, rica como las tierras de la Campania, y dulce y rítmica como la música de los bosques del Lacio, con la cual por muchos siglos la humanidad cristiana ha podido ponerse en comunicación con el cielo.

Si quisiéramos expresar un juicio acerca de nuestro D. Rafael Ángel de la Peña, habríamos de decir que fué, ante todo, un gramático, siempre apercebido á cuidar asiduo y vigilante de la pureza de nuestra lengua, y un sacerdote devotísimo del culto fervoroso que todos nosotros debemos rendir á nuestra lengua nacional. Para él ésta fué el más puro de sus amores y á ella le consagró, sin darse nunca punto de reposo, todas sus vigiliás y sus rudas tareas de escritor que no fueron pocas, sus constantes afanes de maestro que fueron muchos, y su vida entera ofrecida en holocausto, porque desde los albores de su juventud, hasta que la muerte lo señaló entre sus elegidos, no hizo otra cosa que estudiar y profesar nuestra rica habla castellana.

* * *

Nadie podrá desconocer jamás la importancia que para los pueblos todos tiene el estudio de la

lengua nacional y el interés vivísimo que en él vinculan, considerándola como uno de los más fuertes lazos que los unen y como uno de los más sólidos cimientos de su autonomía y de su independencia; pero esto sube de punto cuando se trata de nuestras naciones hispano-americanas, en las cuales vivimos, desde el Bravo hasta el estrecho de Magallanes, resistiendo la invasión de las lenguas extranjeras y los esfuerzos vigorosos de las razas del Norte, que tienden á cambiar nuestras costumbres, á modificar nuestros sistemas de trabajo, á crear industrias nuevas que despiertan intereses antes desconocidos y á transformar por completo la manera de ser de nuestra vida social y política.

Entre nosotros el culto de la lengua nacional es y debe ser el culto del amor á la patria.

Mientras en nuestras nacionalidades débiles ó poderosas se hable la lengua de Castilla y con ella desde niños balbuceemos nuestras primeras palabras, saludando á la naturaleza, representada en nuestros hogares por aquellos á quienes debemos el ser y con su auxilio eficacísimo nos enseñemos á pensar y á discurrir, y con sus voces rítmicas y armoniosas formemos el himno sonoro de nuestras oraciones, y con la dulzura incomparable de sus frases expresemos el amor, que brota de nuestros corazones como el fruto maduro y sazonado del árbol de la vida, y mientras con ella, en fin, vence-

dores ó vencidos en la lucha por la existencia lloremos nuestras derrotas ó cantemos nuestras victorias, tendremos derecho de ser independientes y libres.

Conservar y defender la lengua contra todos los elementos extraños que la manchan y la deshonoran y procuran la destrucción de las reglas que presidieron á su formación, conservar y defender la lengua contra todos los esfuerzos enderezados á modificarla ó á suprimirla, vale tanto como defender la patria, porque ella no es tan sólo el suelo en que se nace y la familia en cuyo seno se crece y la sociedad de la cual formamos parte, sino también la atmósfera dentro de la que respiramos y vivimos con vida intensísima, unidos en la familia é identificados en la sociedad por los vínculos del idioma.



Las conquistas que en todos los tiempos han llevado á cabo las razas superiores en las constantes luchas con que siempre ensangrentaron el mundo para establecer y fijar su dominio, nunca fueron definitivas, mientras la lengua de los conquistadores no fué impuesta á los pueblos oprimidos. No de otro modo la Roma antigua extendió su poder é impuso su dominación en el orbe entonces

conocido; no de otra suerte la España conquistadora hizo que le rindiera vasallaje el mundo de Colón, ni de otra manera la Inglaterra colonizadora ha levantado su estandarte y desparramado su raza por el Universo.

Los pueblos sometidos á un poder extraño, ya en nombre de intereses nacionales, ya por virtud del desarrollo de una civilización más poderosa, dan prueba palmaria de ser dignos de existir como tales, cuando á su lengua nacional se aferran y cuando la conservan con ahínco y la defienden con tesón. En los tiempos modernos, Cataluña hablando su lengua, á pesar de la influencia española; Finlandia y Polonia resistiendo el inmenso poder ruso, más que en parte alguna en sus colegios, y los boeros defendiendo en los campos de batalla, con heroísmo legendario, la lengua materna, perseguida en los hogares, desterrada de las escuelas y suprimida de la vida política, son los pasmosos y admirables ejemplos de cómo la lengua nacional es el vínculo más eficaz que pueda perpetuar, tras de todo linaje de vicisitudes, la unidad de los pueblos. Pero si en nuestros países hispano-americanos es el primer elemento de cohesión, entre las muchas naciones de la América latina, que la hablan como nosotros, constituye el principal elemento de solidaridad.

No es un sueño quimérico, de realización impo-

sible, el que la raza latina persigue, transplantada de los campos del Lacio á las llanuras de la América. Si en el Viejo Mundo, ante todo, fué la raza conquistadora, si en el mundo moderno ha sido la raza colonizadora por excelencia, en un futuro no remoto tiene que apercibirse á servir de crisol á todos los pueblos y á todas las razas que con ella han de mezclarse y confundirse para cultivar su tierra fértil, para trabajar sus industrias fáciles y para comerciar, por medio de sus transacciones rápidas, y restablecer así el equilibrio económico perturbado en el Universo.



Para llenar esta misión importantísima, que no incumbe á una sola de las naciones ibero-latinas, sino á todas ellas en su conjunto, es preciso crear lazos de unión y fuerzas que las estrechen en haz apretadísimo, y una vez que las luchas intestinas hayan cesado y la instrucción primaria se haya difundido entre las masas y los pueblos hayan aprendido á gobernarse por sí mismos, cumpliendo sus deberes de ciudadanos y practicando sus instituciones, sólo la lengua resistirá los empujes de todos los elementos civilizadores en pugna, para que podamos conservar nuestra unidad como raza,

nuestra libertad como pueblos y nuestra autonomía como naciones.

La labor de los gramáticos es, pues, una labor patriótica, y lejos de que se la tenga en menos y se la juzgue como cosa baladí, ella forma el mejor título á nuestra estimación y á nuestro respeto en el presente y la mejor razón de su fama y de su renombre en el futuro.

Cuando se estudia el alcance y trascendencia de la labor de nuestro Don Rafael Ángel de la Peña, fuerza es convenir en que, desde muchos puntos de vista, seméjase á la que el célebre Sarmiento iniciara en la Argentina y á la que el inmortal Andrés Bello llevara á cabo en Chile.

Poco después de terminadas las guerras de la independencia en Sud-América, escritores mal inspirados juzgaron obra patriótica independer la lengua de los cánones fundamentales que son el elemento necesario de su vida y de su desarrollo; y á gala tuvieron llenar su caudal de voces innecesarias y opuestas á la índole de su formación, y esmero pusieron en destruir su sintaxis, que no es otra cosa sino el mágico hilo de oro que enhebra, une y enlaza el conjunto de palabras con que formamos los períodos hermosos y rotundos de nuestra habla castellana.

Fué preciso oponerse con ardimiento á aquella corriente asoladora, emprender activa campaña en

las escuelas, en las academias, en la prensa, en los hogares, en el seno de las familias y en las grandes agrupaciones sociales para que la lengua conservara su pureza, para que apareciera en las plumas de los escritores sud-americanos gallarda y lozana como en los tiempos del «siglo de oro» y para que brotara de los labios de sus oradores llena del esplendor y la hermosura que alcanzara en las odas de Quintana y en los discursos de Donato Cortés.



El héroe de aquella incruenta lucha fué Andrés Bello. Quizás éste es uno de los mejores títulos que lo han recomendado á las generaciones futuras y uno de los más limpios timbres de su gloria. La gramática de Andrés Bello, á pesar de que en ella se ve y se admira, á las veces, el espíritu revolucionario que agitaba á aquel medio social, que pretendía sacudir á la lengua de trabas inútiles y corregir su morfología y hasta modificar su ortografía, fué el estandarte á cuya sombra se agruparon los pueblos de la América, y en nombre de ella se sostuvo el imperio de la lengua de Castilla.

Cupo igual suerte en México al señor de la Peña. A raíz de la guerra de nuestra segunda independencia, y á pesar de que había vuelto á cruzar los mares para retornar á su patria el invasor francés, su espíritu filosófico que nos servía de apoyo, y sus ideales políticos que nos venían como de molde, se ganaron nuevos adeptos entusiastas entre nuestros pensadores y entre nuestros educadores y entre nuestros hombres de Estado; pero desgraciadamente con ellos se levantó una ola gigantesca que amenazaba invadir los vergeles de nuestra lengua donde ya lucían las ricas flores de Quintana Roo y de Pesado, de Zavala y de Alamán. Los libros franceses, al apoderarse de nuestras escuelas y liceos, de nuestros colegios é institutos, contribuyeron á que nuestra juventud pusiera empeño y tuviera á orgullo emplear los más abominables galicismos. Dolió la suerte que en tales momentos cupiera á nuestra lengua, que siendo de las mejores en abundancia, variedad y riqueza de vocablos, y yéndole á las demás en zaga, en la limpieza de su dicción y en la estructura de su sintaxis y en el copiar de clarísima manera todos nuestros pensamientos y en el prestarse á reproducir fielmente todas nuestras emociones, hubiera venido á tanto menosprecio, que en nada fueran tenidos todos los libros escritos en castellano.

El señor de la Peña fué quien contuvo aquella ola amenazadora con sus útiles enseñanzas, y fruto de ellas fué la gramática que más tarde dió á luz y que, fuerza es decirlo, aun á riesgo de parecer más amantes de los nuestros que de la justicia, es superior á la de Andrés Bello y á la de Isaza y á la de Avendaño y á la de Salvá.



Estudiando la gramática del señor de la Peña debemos declarar, sin ambages, que aunque él aprovechara el trabajo de los demás, su sintaxis es superior á todo lo antes escrito sobre la materia en obras de este género, porque jamás estuvo ésta mejor comprendida; porque el objeto que ha perseguido nunca estuvo mejor precisado y porque sus explicaciones sistemáticas jamás obtuvieron mayor alcance. El que la estudia, con la previa preparación que es necesaria, penetra en los más recónditos secretos de nuestra lengua y obtiene, acerca de la estructura de la frase castellana y de los nudos que sujetan sus períodos los unos á los otros, reglas y principios que el uso de los buenos escritores establece y la sagacidad de los gramáticos precisa.

El régimen de los verbos castellanos aparece,

cuando se estudian todas las gramáticas, asunto por extremo enrevesado y en el cual se creería que cada uno es libre de imponer usos y costumbres á medida de sus deseos, y, sin embargo, en la obra del señor de la Peña se ve la demostración de que toda la rica pedrería de las preposiciones que unen y esmaltan nuestros discursos no pueden arrojar-se en ellos á puñados, como el sembrador avienta las semillas en los campos abiertos para el cultivo, sino de artística manera y con sujeción á preceptos tan fundamentales como aquellos que en los paisajes determinan la perspectiva, y como aquellos que en nuestras construcciones garantizan la solidez.

Por eso con mucha razón uno de nuestros doctos filólogos, el Canónigo Labastida, decía, queriendo referirse sin duda á la sintaxis del señor de la Peña:

«Después de estudiar las gramáticas de Torres y Menéndez, ni el español ni el extranjero podrán formar una oración, ni un período, ni un discurso castellano, ni, mucho menos, entender y admirar las elegancias de nuestros prosistas y los primores y bellezas de nuestros poetas. No así con la gramática de Peña. Quien la haya estudiado ó la tenga á la mano, podrá desatar cualquiera dificultad y tendrá un tesoro de modos de expresión castizos y elegantes.»

La gramática de Bello, que es la que en la América ha llegado á tener mayor influencia, aunque es incompleta si no se toman en cuenta su Ortología y su Arte Métrica y sus Opúsculos Gramaticales, resulta, con eso y todo, deficiente para su objeto, á lo menos en la época actual.

La del Sr. de la Peña le es superior, pues además de haber pasado en revista todos los trabajos modernos, es más sistemática y estudia á la par que la analogía y la sintaxis, los elementos constitutivos de las palabras, las reglas de las transformaciones literales, los procedimientos por virtud de los cuales llegan á hacerse eufónicas las voces de nuestra lengua, y los que han empleado en la formación de ellas, y no omite ni la ortología, que nos da el valor fonético de las letras y de las sílabas, ni la prosodia que nos hace conocer su cantidad y su valor gramatical, ni la ortografía que nos enseña el uso de las letras y de la distribución del discurso, cosas todas necesarias para llegar, por medio de la gramática, al dominio completo de la lengua, á fin de que ella sea como blanda cera que dócil se preste á todos los giros y á todas

las formas que hace indispensable la expresión de nuestro pensamiento.

No han faltado, como de costumbre, en nuestro país quienes miren con desdén la obra meritóricamente ejecutada por el señor de la Peña, quienes la juzguen punto menos que inútil y buena para ser guardada en las bibliotecas, como los fósiles en los museos, y tan sólo como ejemplo de lo que el paciente trabajo de un escritor infatigable puede hacer; pero, como de costumbre también, los aplausos á que ha sido acreedor los han hecho vibrar en nuestros oídos manos extranjeras, y son los doctos humanistas de América y de España quienes han considerado que nada mejor se hizo en servicio de nuestra lengua en el pasado siglo, á pesar de los muchos trabajos con que se ha enriquecido la bibliografía española.

Mas no por haber hablado de su Gramática de la Lengua Castellana, debemos poner en olvido los varios discursos y disertaciones suyos publicados en las Memorias de la Academia Mexicana correspondiente de la Española.



Cuando fué recibido por aquella doctísima Corporación, pronunció un discurso sobre los elemen-

tos variables y constantes del idioma español, que justificó una vez más no sólo su reputación de filólogo, sino el nombramiento que en su persona había hecho la Academia.

Pocas veces de más ahincada manera se ha estudiado la difícil cuestión del desarrollo y progreso de las lenguas, precisando lo que en ellas debe ser estable, firme y duradero y lo que en ellas puede variar, á fin de que, obedeciendo á las leyes de la evolución, ni queden estilizadas al grado de entrar en un período de empobrecimiento, por no corresponder al estado de adelanto de los pueblos que las hablan, ni puedan llegar á perder los elementos que les son propios y sobre los cuales descansan, como sobre inmovible asiento, las raíces de las palabras, la estructura de los verbos y las reglas fundamentales de su régimen y construcción. Son las lenguas á manera de organismos vivientes, que están sujetos á las leyes necesarias del crecimiento y so pena de desaparecer, como ya han desaparecido muchas que sólo son estudiadas hoy por los filólogos para determinar las leyes generales del lenguaje, ellas han menester adaptarse al medio en que se desarrollan.

El Sr. de la Peña ha demostrado en aquel discurso, que la lengua castellana jamás ha dejado de obedecer á aquellas leyes, y que los trabajos de los gramáticos y los esfuerzos de las academias que

han pretendido fijarla y conservarla, no han querido detener su desarrollo indefinido y hacer que permanezca estada en medio del progreso general; porque el deber de todos los que la hablamos y nos servimos de ella, como de un precioso instrumento, para expresar todas nuestras emociones, todos nuestros pensamientos y todos nuestros ideales, es que corresponda á nuestra propia cultura y sea, antes que un obstáculo y barrera para la ciencia, un auxiliar poderosísimo de sus progresos, y antes que deje de prestarle á la poesía sus más hermosos acentos, la engalane con todos sus ritmos y con todos sus esplendores, y antes que niegue frases severas y armoniosas á la elocuencia le suministre las pompas y las galas que necesita para brotar majestuosa y sonora de los labios de nuestros oradores.



No era, pues, el Sr. de la Peña, á pesar de la intransigencia de que daba muestra cada vez que en el uso de la lengua se encontraba con vocablos y giros extraños, de aquellos adoradores que á fuerza de pasión egoísta rebajan la hermosa majestad de los dioses á quienes rinden culto. Él ansiaba porque la lengua enriqueciera de día en día su caudal,

pero á condición de que las nuevas aguas fueran siempre puras y cristalinas y vinieran á la corriente común por los cauces conocidos, abiertos y ahondados ha muchos siglos por el esfuerzo de nuestros mayores. No pretendía que ella dejase de estar en armonía constante con todas las necesidades modernas, que de manera imperiosa reclaman órganos nuevos para funciones nuevas, sino que unos y otras obedecieran á las leyes fundamentales que, aplicadas á los seres, constituyen la vida, y aplicadas á los mundos, la gravitación universal.

Algunas otras disertaciones consagró al estudio del significado de los modos adverbiales *á priori* y *á posteriori*; otra, tan notable como aquélla, á los oficios ideológicos y gramaticales del verbo, y las demás á los oficios lógicos y gramaticales del artículo, al fonológico y filológico de algunas letras, á los relativos *que, cual, quien, cuyo*, y, por último, á la clasificación y uso del gerundio.

Cada uno de estos estudios estaba lleno de ciertas novedades antes no descubiertas por los filólogos y de muchas reconditeces léxico-gráficas no adivinadas por los gramáticos. Todos ellos despertaban vivísimo interés entre propios y extraños, aumentando en España el prestigio de nuestra Academia y dando mayor lustre á su nombre; pero ninguno llamó tanto la atención como el relativo al gerundio, porque, tras de ser punto poco ex-

plicado por los tratadistas y de permanecer oscuro todavía á pesar de cuanto á este respecto han dicho Caro y Bello y Cuervo, él vino á arrojar nueva luz que aclarara la multiplicidad de reglas vagas á que está sujeto su uso gramatical.



Todos sabemos que el significado del gerundio sufre diversas modificaciones, y que equivale ora al presente de infinitivo, ora al sustantivo, ora al participio presente latino, ora al adjetivo, ora al adverbio en determinadas circunstancias, ora á la preposición, como sagazmente lo demostrara Cuervo; pero ignórase con frecuencia que el objeto fundamental que tiene, y que su diferencia propia respecto de las otras partes de la oración á quienes equivale, es el de representar siempre hechos transitorios y no permanentes.

Pues bien, el alcance del gerundio nadie, antes que el Sr. de la Peña, lo puso tan claro; y si es verdad que la aplicación de sus reglas es por extremo difícil porque está erizada de obstáculos, nadie ha estudiado de manera más pormenorizada todos sus usos correctos é incorrectos.

En todos estos estudios diónos muestra el Sr. de la Peña de sus muy amplios y sólidos conoci-

mientos lingüísticos, pues si á cada paso lo vemos meter la hoz en todas las ciencias auxiliares de la Filología, recoge, siempre sin esfuerzo aparente, pero con sagacidad manifiesta, abundantísima cosecha de ricas mieses.

Tras de haber sido el más sabio de nuestros filólogos, fué todavía el Sr. de la Peña un crítico experto en asuntos literarios, y á darle esa reputación fueron parte el prólogo con que acompañó el P. Pagaza, hoy dignísimo Obispo de Veracruz, sus «Murmurios de la Selva,» la carta que escribiera al primero de nuestros poetas, á D. Justo Sierra, sobre su hermosísimo poema «El Beato Calasanz,» y su estudio acerca de dos novelas nacionales igualmente conocidas: «El Bachiller,» de Amado Nervo, y la «Angelina,» de Rafael Delgado.



Para disfrutar de autoridad como crítico es menester en nuestros tiempos ser un erudito.

Nada es más fácil que criticar; basta tener una pluma en la mano, mojarla en hiel y ponerla al servicio de todas las malas pasiones; pero para que la crítica sea una enseñanza para el autor cuyos libros se estudian, para que ennoblezca á quien la formula, y para que nos levante sobre sus alas á la contemplación hermosa de horizontes más am-

plios, precisa que el crítico se haya hecho acreedor á nuestro respeto y sea merecedor de nuestra admiración y posea un criterio de tal manera elevado, que sólo lo formen los principios que desde Aristóteles hasta Quintiliano y desde Quintiliano hasta Boileau y desde Boileau hasta Sainte-Beuve, constituyen los inquebrantables cimientos del arte y las formas acabadas de lo bello.

El Sr. de la Peña perteneció á esa generación de críticos, y todos los estudios que acabamos de citar son trabajos magistrales en su género.

Cuando el P. Pagaza, sin deponer la austeridad de su sagrado ministerio, bajara un día de las cumbres del Liceo para recoger el armonioso caramillo que el dios Pan abandonara por muchos siglos entre las malezas de los campos de la Arcadia por correr en persecución de las desnudas ninfas, y, al llevarlo á sus labios, regalara nuestros oídos con los cantos de los pastores y el balar de las ovejas y el bullir de los arroyos, y el gemir de las frondas, y el suspirar de los céfiros, nadie pudo decirnos de una manera más bella, en una forma más culta y con una autoridad más prestigiosa, todas las razones que aquella riente poesía bucólica tiene para vivir entre nosotros, siendo el arrullo de nuestra juventud, el emblema de nuestros amores sanos en la edad madura y el regalo de las tardes tristes y otoñales de nuestra senectud.

El crítico envidiaba la suerte del poeta que podía deleitarse y deleitarnos con aquellos himnos pastoriles, y en prueba de ello, no desdeñaba llevarlo de la mano, y darle el apoyo de sus artes de retórico, de su ciencia de filólogo y de sus enseñanzas de maestro. ¡Feliz quien tuvo la fortuna de ser introducido al mundo de las letras bajo tal patrocinio y en unión de tan experto guía y de tan leal como sagaz compañero! Virgilio llevando al Dante al Paraíso, á la contemplación magnífica de su Beatriz radiante, antójase que son el crítico y el poeta que al rumor de los «Murmurios de la Selva» viven y vivirán siempre en la memoria de los amantes de las bellas letras.



¡De qué hermosísima manera interpretó la crítica literaria en la carta con que acompañó su estudio acerca del Beato Calasanz! Ella justifica lo que del crítico acabamos de asentar, de manera tan cumplida, que no podemos resistir á la tentación de insertar sus palabras. Dice:

«La crítica literaria procura darse cuenta de las formas internas del pensamiento; es decir: de aquella vestidura interior que más lo deja transparentarse; sobre todo, intenta llegar hasta el

ideal mismo del artista, y, para lograrlo, penetra en los senos más recónditos del alma del poeta; aplica su atención á los procedimientos estéticos que ha empleado éste en la ejecución de su obra; inquiere si el fin que se ha propuesto realizar coincide con el fin que el arte debe proponerse; estudia la influencia recíproca que ejercen entre sí el poeta y su época; busca los antecedentes literarios de la obra que juzga y sus afinidades con otras ya coetáneas, ya anteriores; hace el recuento de las pérdidas ó ganancias que de todas esas obras le resultan al arte, y más de una vez, tiene que introducirse en heredades ajenas, pitiendo á las ciencias que aquilaten la verdad del pensamiento poético. Bien se echa de ver la diferencia que hay entre la crítica gramatical y la literaria. Una es la crítica de La Harpe y de Voltaire, otra la de Villemain, Sainte-Beuve y Taine; entre los españoles, media diferencia muy perceptible entre Hermosilla, por una parte, y Don Juan Valera, Blanco García y Menéndez Pelayo, por otra."

Y de acuerdo con ese hermosísimo credo de la crítica, comenta el poema con profunda sagacidad, y descubre, analiza y pone de resalte con todos sus errores y sus vicios, con todas sus virtudes y creencias el alma tormentosa y atormentada por todos los martirios humanos, del Beato Calasanz.



El crítico sagaz dijo lo que es, por otra parte, cierto: Calasanz no era un Beato; y si fué un monje fué tan sólo por obedecer á la necesidad de la ficción literaria. El Calasanz del poeta es todo hombre de nuestro siglo: alma llena de todas las malas pasiones que, como limo oscuro, dejan á su paso las corrientes de la vida y de todos los anhelos que, como hogueras, tienden á purificarnos de cuanto en nosotros existe de vitando y pecaminoso y que, espoleada por el afán de saber y no apartada de los consuelos de la fe, duda y vacila porque cruza sin convicciones profundas, que son el única ancla de salvación, ese puente de extensión incommensurable que separa los floridos vergeles iluminados por la luz de la religión, de los campos cultivados que sólo fecunda el sol resplandeciente de la ciencia.

Síntesis de las reglas de la estética á que una obra artística ha de obedecer es su juicio sobre la novela «Bachiller» á la cual defendió en nombre de la teoría del arte por el arte.

El argumento de esta novela es bastante conocido. Es la fábula, en la vida griega, del joven Atis sacrificando su juventud viril en aras del amor

divino para consagrarse por modo exclusivo al culto de la naturaleza, al de la diosa Cibele que la representa en toda su hermosura y majestad, y es la historia de Orígenes, en la vida cristiana, inducido por error á la ejecución de un sacrificio heroico para ofrecer su alma, libre de todas las miserias de la carne y de todas las impurezas y escorias de la vida, al amor místico del hombre hecho Dios en Jesucristo; y nuestro crítico pugna por excusar esa novela, tachada de inmoral, demostrando, con gran acopio de sana doctrina, lo que es una verdad: que el objeto de las obras de arte es realizar lo bello, y que el heroísmo del protagonista, que, visto objetivamente, resulta, sin ambages, repugnante, doloroso y contrario á la naturaleza humana, es artísticamente, como sacrificio y triunfo sobre ella, cosa hermosísima y capaz de arrebatar nuestra admiración.



Por último, al disertar, aunque brevemente, sobre la novela «Angelina,» libro en que se reflejan nuestra vida social y nuestras costumbres, nos dá la clave de lo que la novela es y ha sido antes de que la escuela naturalista la sacara de sus quicios y de ella hiciera estudios psicológicos profun-

dos para los cuales el observador ha menester armarse de maravilloso microscopio para conocer la mágica estructura de nuestra alma y penetrar en los más recónditos secretos de su fuero interno.

Es de sentirse que fuera el señor de la Peña menos fecundo en este género de trabajos que en otros á los que de preferencia consagró su actividad, porque al llevarlos á término y remate hubiera continuado su gran labor de educador y su augusta misión de maestro.

Pero lo que caracteriza en México la labor del señor de la Peña, lo que le granjeó la estimación general y le valió el amor de sus conciudadanos, la alta estima de sus contemporáneos y la gratitud de sus pósteros es el haberse consagrado al magisterio desde su temprana edad, hasta que exhalara el último suspiro de su vida, cayendo en su puesto, como un antiguo gladiador, sobre la arena.

Con efecto, antes de ceñir la borla doctoral en la Universidad Nacional y Pontificia obtuvo y desempeñó la importante cátedra de Filosofía. Tuvo á su cargo en el Seminario la de Teología apologética, y después de haber renunciado la de Filosofía, fué nombrado catedrático de Latín y Literatura en el extinguido colegio de San Juan de Letrán. Después del restablecimiento de la República, y cuando se organizó nuestra Escuela Nacional Preparatoria, fué profesor de Lógica, cáte-

dra que cambió para dar el primer curso de Matemáticas, y poco tiempo después se le encomendó la enseñanza de la Gramática Castellana.

El título de maestro con que lo honraron siempre, aun aquellos que no fueron sus discípulos, lo conquistó en la Escuela Nacional Preparatoria enseñando la Gramática; porque precisamente en esa enseñanza vinculó todos sus esfuerzos, porque en ella cifró todas sus esperanzas, porque con ella quiso realizar la misión que le había tocado en suerte en el profesorado.



Penas punzantes, angustias indecibles y á veces desfallecimientos incurables, costóle esta enseñanza, ya en el ocaso de su vida, cuando temió que se modificaran los métodos que con inmenso apego había seguido para el estudio de la lengua nacional durante toda su carrera de maestro. Nosotros recordamos que en alguna ocasión viniera á depositar en nuestro seno, que sabía que le era fiel, todas sus inquietudes, todas sus quejas y todas sus alarmas.

Al reorganizarse no ha mucho tiempo la Escuela Nacional Preparatoria y al reformarse los programas del curso de lengua nacional, vió que un espíritu nuevo, destructor de lo antiguo, y renovador por ex-

celencia, amenazaba suprimir el estudio de la gramática en la enseñanza de la lengua nacional.

Los profesores jóvenes, arrastrados por la nueva y avasalladora corriente, saturados con el oxígeno puro que herrumbraba las viejas armazones, comenzaban á dar señales de tener como cosa inútil y desusada aquel conjunto de reglas, vagas las unas, difíciles de aprenderse las otras y áridas todas, que constituyen la gramática.

Nos fué urgentísimo devolver á su espíritu la calma de que tenía necesidad; juzgamos preciso dar otra vez á sus convicciones la fe que habían menester, y creímos necesario impartir á su pecho los consuelos que reclamaba y renovar el aliento, purificando la atmósfera donde vivían sus esperanzas.

Siempre hemos estimado que la destrucción de su obra era imposible. La lucha de las ideas, como la que libran los hombres entre sí, necesita exagerar sus propósitos cuando debe vencer obstáculos, destruir barreras y trasponer murallas; pero se ve obligada á refrenar sus ímpetus y á tornarse en eminentemente conservadora, cuando llega el momento de abrir anchos surcos y de zanzar cimientos.



Es un error pedagógico, y error profundo, su-

poner que puede enseñarse la lengua nacional, siguiendo el método admirable y admirado que da frutos tan opimos cuando se trata de la enseñanza de las lenguas extranjeras. Si para el estudio de éstas debemos copiar á la naturaleza, que siempre ha sido la mejor maestra, y librarnos de todos los textos y sacudir el yugo de todas las reglas y sublevarnos contra todos los preceptos y salirnos de la colmena para que con entera libertad, sueltas las alas al viento, vayamos á recoger la miel del cáliz de todas las flores; en cambio en el estudio de la lengua nacional, que ya poseemos desde nuestra niñez y cuyo completo dominio ya hemos adquirido en el trato con la familia y en el comercio con nuestros semejantes, debemos de toda preferencia someternos á las reglas que gobiernan el lenguaje, sujetarnos á los preceptos de los cuales depende la sabia y buena estructura del idioma, acudir á los textos que son el arsenal donde habremos de hallar todas las armas y encerrarnos en la colmena, porque llevando ya en nuestras alas el polen de todas las flores y en nuestros labios las gotas de miel recogidas en sus cálices, es allí donde habremos de acendrarla y es allí donde habremos de guardarla en los panales.

Podría decirsenos, que no han de tener necesidad de recurrir á la gramática ni alumnos ni maestros, cuando éstos sean por tal modo conocedores

del idioma, que sean capaces de hacer la suya propia en el curso de sus enseñanzas, y aquéllos den muestra de una atención y de una perseverancia que los ponga en condiciones de recogerla de sus labios y conservarla para siempre en su memoria; pero, ¿dónde hallar maestros tales y discípulos semejantes?



El maestro continuó tranquilo su enseñanza.

La gratitud nacional está profundamente obligada para con el Sr. de la Peña, como lo está y debe estarlo entre nosotros para con todos los maestros.

Es verdad que en todos los tiempos y en todos los países se ha reconocido la importancia que tiene la humilde y modesta labor de los maestros; que poco á poco se ha venido pregonando su mérito, ensalzando su nombre y prestigiando su obra, hasta presentarlos como si fueran artífices divinos encargados de educar pacientemente las almas de los niños que ponemos en sus manos, para labrar en ellas los cimientos de sus creencias, las bases de sus virtudes, el pedestal de su ciencia y los inmensos apoyos que habrán de sustentar todos los ideales de su vida.

Sin embargo, úrgenos darnos cuenta de que en los tiempos modernos, y á medida que el pueblo va tomando mayor participación en el gobierno de sí mismo y en la dirección de sus destinos, la misión del maestro se acrecienta y sube de punto; porque ya no le corresponde tan sólo la tarea que de antiguo le atribuimos, sino la superior y más grande de preparar el alma de la patria, que le confiamos en la escuela para que elabore los vínculos poderosos que aseguren su autonomía y en ella arroje los cimientos de su grandeza futura.

Cuando hubo de lograrse la unidad de la Alemania, triunfante del extranjero y vencedora de sí misma, sus pensadores declararon que el maestro de escuela fué quien condujo los ejércitos de las riberas del Rin á las márgenes del Sena, y que él fué también quien extendiera y apretara con estrecho nudo los lazos creadores de la patria nueva.

Pues bien, señores, si nosotros hemos de esforzarnos sin descanso en crear en nuestro país poderosos elementos de cohesión, si ambicionamos que á la sombra de la paz el trabajo nacional sea fructífero y llegue á crear la riqueza pública, si queremos, al vivir en la prosperidad, enseñar al pueblo los derechos y deberes que tiene bajo el imperio de las instituciones democráticas, si es á nosotros á quienes toca resolver el más importante de nuestros problemas, la práctica de nuestras le-

yes fundamentales, que hoy son, sin remedio, la base de nuestra nacionalidad, tenemos que ennoblecir la tarea del maestro, debemos hacer más y más augusta su sagrado ministerio y agruparnos á su alrededor y sostenerlo con nuestras energías y alentararlo con la fe de nuestros propósitos y apoyarlo con nuestros esfuerzos generosos.



Y cuando alguno de ellos sucumba, en medio de la lucha á que ha vivido consagrado, con las manos vacías porque nunca pudieron allegar una fortuna, pero con los ojos fijos en los cielos donde irradian las esperanzas de la patria, hagamos de su nombre una bandera que sea un símbolo, y que en toda la extensión de nuestro territorio los niños lo reconozcan en las escuelas como á su bienhechor, y en sus hogares lo ensalcen como á sus dioses penates, que las familias quemem en su loor el áloe y la mirra de la gratitud; que los ciudadanos vean en él á uno de los más heroicos y esforzados defensores de la patria, que los hombres lo premien con ofrendas y coronas, como durante toda la historia del mundo lo han hecho con los jefes de los ejércitos vencedores, y que los humildes y los poderosos, y los pequeños y los ancianos, la patria

en fin, en todas esas multitudes representada, lo siga devotísima y reverente como el pueblo de Israel siguiera la columna de fuego que á través del desierto lo condujera á la tierra prometida.

Señores, para concluir, permitidme que por un momento olvide los méritos del filólogo, la sabiduría del crítico y la ciencia del maestro, para rendir un homenaje al que, siendo todo esto, fué un patriarca en su familia y un hombre bueno para la sociedad.

Ninguno de vosotros lo ignoraba, antes todos lo sabíamos, y durante su vida el elogio suyo vivió perennemente en nuestros labios. Si fué generoso con su ciencia, porque en ella era rico, fué también con su bondad, porque en su pecho abrigaba fuente inagotable de todo linaje de bienes. Si los pueblos de la Grecia, versátiles como los pueblos lo son siempre, se cansaron de llamar á Aristides, «el justo» y hubieron de desterrarlo de su patria, nosotros no nos cansaremos de llamar al Sr. de la Peña el «bueno» y nunca lo desterraremos de nuestra memoria.

El Liceo Altamirano se descubre respetuoso ante el túmulo que guarda sus restos, y en nombre de nuestra actual generación, que tanto le debe, le ofrece, como homenaje votivo, la corona de nuestra gratitud.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN MEMORIA DEL SEÑOR

LIC. DON ALFREDO CHAVERO,

EN LA

SESIÓN SOLEMNE QUE EN SU HONOR CELEBRÓ

EL LICEO ALTAMIRANO,

EL DÍA 9 DE NOVIEMBRE DE 1907.